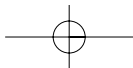
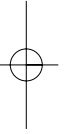
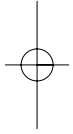
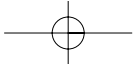
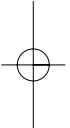
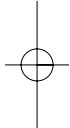


EL CUADRADO MÁGICO





LA ISLA DEL TIEMPO

EL CUADRADO MÁGICO

Silvia Brena e Iginio Straffi

Traducción de Manel Martí

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2010
destinojoven@edestino.es
www.destinojoven.com
Editado por Editorial Planeta S. A.

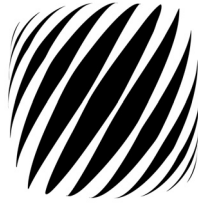
© de la traducción: Manel Martí, 2010

Título original: *Maya Fox. Il quadrato magico*

© Silvia Brena e Iginio Straffi, 2009
© Rainbow Spa, 2009
© Editorial Planeta S. A., 2010
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: abril de 2010
ISBN: 978-84-08-09152-3
Depósito legal: M. 7.926-2010
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España - Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

CAPÍTULO UNO



—Mamá, los he visto. He visto esos malditos lunares.

—¿Dónde? ¿Dónde se los has visto?

—Los tiene en la barriga, alrededor del ombligo. ¿Qué puede significar?

—Ahora no, Trent. Aún no ha llegado el momento de las explicaciones. Ten paciencia, pronto comprenderás.

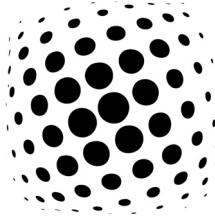
—Pero necesito saber, mamá, quiero saber.

—Si confiases en Kyle, él podría explicártelo todo. Creo que deberías contárselo; lo de Maya y sus lunares, quiero decir.

—Eso nunca. Nunca le entregaré a Maya.

—Trent, no entiendes nada de nada. Esta vez hay demasiado en juego. ¿No te das cuenta? Hay cosas con las que no se puede jugar.

CAPÍTULO DOS



Maya estaba temblando, acurrucada en el viejo sofá que presidía la estancia.

Todo el miedo que había pasado aquella noche se estaba desbordando. Y no quería dejarla en paz.

—Ya ha pasado, tesoro. Se acabó. Ahora ya estoy aquí. No volveré a dejarte, pequeña flor de loto. ¿Recuerdas? Así era como te llamaba papá.

Megan Fox acariciaba lentamente la cabeza de su hija, que estaba ovillada en su regazo: tenía las piernas encogidas, se abrazaba el pecho y mantenía la cabeza reclinada. Maya era incapaz de ahuyentar los fantasmas que la habían agredido aquella noche.

Con los ojos llenos de ternura y preocupación, Megan observaba el sutil llanto de su hija, su largo pelo negro deslizándose entre los dedos, el pecho alzándose irregularmente con cada sollozo, oprimido por un corpiño blanco y negro cerrado de cualquier modo con un sinfín de corchetes y de cordones que bailaban destensados. En ese momento, Maya lo veía todo negro.

Tan negro como su propia alma; la vida había empezado a ponerla a prueba demasiado pronto.

Por primera vez, Megan la miraba sin juzgarla. Se limitaba a dejarse llevar por el amor y por los remordimientos. Y pensaba en aquel maldito criminal, Michael Gacy —el asesino de Dave, su marido—, que ahora también había intentado llevarse a su hija.

No soy un psicópata esquizofrénico de los cojones, criminóloga idiota.

Soy un ser predestinado.

Y la hora se acerca.

¿Sabes qué te digo, Megan la presuntuosa?

Que, de momento, voy a secuestrar a tu hija.

Así aprenderás, imbécil.

Megan no lograba apartar de su mente exhausta el recuerdo de aquella última, horrible carta que le había enviado el asesino. Al leerla, se había dado cuenta —fue un instante terrorífico— de que Gacy se había puesto en camino para asesinar a su pequeña flor de loto.

Todo había sucedido demasiado rápido. Aquella noche, el tiempo parecía correr desbocado. Se percató demasiado tarde de que en realidad las amenazas de aquel psicópata iban dirigidas directamente a su familia. Había reparado demasiado tarde en que Gacy estaba jugando al gato y al ratón con ella. Había percibido demasiado tarde que los delirios del asesino de su marido eran dramática e inexorablemente reales. Que aquel perturbado ya estaba poniendo en práctica su demencial y absurdo plan. Y que ella ostentaba el puesto de honor en dicho plan: era la presa. Y para asestarle el golpe definitivo, el asesino había decidido destruirla a través de lo más valioso que le quedaba tras la muerte de Dave: su hija Maya.

—Mamá, ¿crees que volverá?

—No, cariño. Te prometo que haremos todo cuanto esté en nuestras manos para que no vuelva. Jamás.

Inmediatamente, su pensamiento se desplazó hacia el teniente Lawrence Garret, que había intuido el peligro mientras ella, la mejor criminóloga del Reino Unido, ignoraba las señales. Una punzada de culpabilidad atravesó su pecho.

—Mamá, ¿quién es Michael Gacy? ¿Por qué la ha tomado conmigo?

Megan respiró profundamente. Sabía que ya no podría seguir ocultándole la verdad a su hija. Comenzó a explicárselo. Le habló de sus investigaciones, de cómo había descubierto con horror que el asesino de Dave, su marido, que había huido de la cárcel donde debía cumplir cadena perpetua, era el despiadado asesino de al menos seis adolescentes: seis chicas a las que aquel perturbado había sumergido en tanques de nitrógeno líquido con la insensata pretensión de cristalizar su belleza.

Sin embargo, omitió un detalle a Maya: todas las víctimas habían nacido en 1991. Y Maya era del 6 de febrero de 1991. Cumpliría dieciocho años dentro de unos meses. Siempre que...

Megan ahuyentó la inquietante idea de que Michael Gacy seguía en libertad, se incorporó y fue a la cocina, procurando esquivar los fragmentos de tuestos y de vasos rotos que cubrían el suelo, testigos mudos de lo que había sucedido en aquella casa tan sólo unas horas antes. Tardó el tiempo necesario de preparar una manzanilla. En seguida estuvo de vuelta en el sofá con dos tazas humeantes. Maya tomó la suya y se entretuvo observando con nostalgia los dibujos de las hormigas color violeta y azul de *Bichos*.

Aquella taza se la había regalado Dave el día que la «raptó» para llevarla a París, a Eurodisney. «Nos escaparemos tú y yo, Boquita de miel, solos tú y yo.» Mientras se lo decía, Dave se llevaba el dedo índice a la boca para indicarle que guardara silencio; su padre siempre utilizaba aquel gesto cuando ambos querían sustraerse a la severa mirada de mamá Perro Guardián Megan.

Maya le sonrió a su padre al tiempo que alzaba la taza de manzanilla en un brindis solitario. «Gracias», murmuró para sí.

—Mamá...

—¿Sí, Maya?

Megan observó a su hija con ojos cansados, y por vez primera fue capaz de ver a la joven con una mirada distinta. Ya no era aquella pe-

queña irresponsable a la que debía bombardear con consejos y prohibiciones. Era una mujer. En medio del miedo y el dolor de aquella noche, Megan comprendió que su pequeña Maya se había convertido en una chica valiente.

—Mamá, ¿sabes cómo me he salvado?

—Hummm...

—Papá me ha ayudado.

—...

—Que sí, de verdad. Él me ha guiado. Me ha avisado de que ese monstruo estaba llegando, me ha indicado los lugares donde podía esconderme y en qué dirección huir cuando tenía a aquel loco pisándome los talones.

Maya sostenía la mirada con firmeza. La mantenía fija en los ojos de su madre, escrutaba sus reacciones en busca de un atisbo de inevitable desaprobación.

—Maya, ¿otra vez con esa historia?

—No es ninguna historia. SIENTO A PAPÁ. Me habla, percibo su presencia.

—Y ahora ¿está aquí?

Megan se arrepintió al instante del ligero matiz irónico con que había formulado su pregunta.

—No, claro que no —le respondió su hija, intentando controlar su irritación.

—Ya hablaremos de ello en otro momento, tesoro. Ahora, escúchame, Maya. ¿Sabes el motivo por el cual Gacy ha dejado de perseguirte de repente y ha huido?

—No, mamá, hablemoslo ahora. Te niegas a aceptar que poseo un «don». En lugar de ayudarme a comprender, me haces sentir como una idiota. Y sin embargo, cuando Megan-la-gran-criminóloga lo necesita, recurre a la ayuda de una bruja. ¿O acaso me equivoco?

Megan sintió una punzada de dolor al pensar en Deborah Grave, la sensitiva a quien su departamento, y ella misma, requerían continuamente, y comprendió que la conversación estaba degenerando

de forma inevitable. No, aquella noche no podría soportar una escena.

—De acuerdo, Maya. Si de verdad quieres ayuda, afrontaremos el problema con seriedad. Pero primero tendrás que explicar a la policía lo que ha sucedido esta noche. Mañana será un día largo. Y ahora, ven aquí.

Megan extendió los brazos para abrazar a su niña.

—Maya...

—Hummm...

—Puede que no sea gran cosa como madre.

—Vamos, mamá...

—No, de verdad, yo... yo, bueno, te pido perdón, Maya. No he estado muy presente, que digamos.

—Es cierto.

—Bueno, verás... Está claro que he sido una pésima madre. Como la otra noche, cuando te dejé sola.

—Ohhh...

—No hagas como quien no quiere escuchar.

—De eso nada, qué dices... Lo que estoy haciendo es intentar «convertir el veneno en medicina»...

—Vale, vale, ya has vuelto a llevarte el gato al agua recurriendo a tus citas zen. Y hablando de Oriente, ¿quieres decir que no logras escapar de Gacy gracias a tus clases de shaolin?

Maya esbozó una sonrisa.

—Ojalá, mamá. Ni siquiera soy capaz de lanzar un ataque como es debido. Sólo he podido golpearlo con la pala para la ceniza. Y entonces he huido: eso sí que se me da bien. Los zen dicen: «Si no puedes afrontar una situación, huye...». No, mamá, Gacy se ha ido porque ha recibido una llamada. Yo estaba escondida, pero él ya me había localizado. Oía su voz enojada, con un toque de falsete, aproximándose, y estaba convencida de que iba a atraparme. Y entonces se ha ido, de repente. Y más tarde habéis llegado el teniente Garret y tú, con las sirenas a todo volumen.

—Sin embargo, hemos tardado bastante en llegar.

—No te lo reprocho, mamá. Tranquila, sé que has hecho cuanto has podido.

«Pero no ha sido suficiente», pensó Megan con dolor.

—Aunque al parecer alguien ha llegado antes que nosotros, diría yo.

Megan le guiñó un ojo a su hija, pasando por alto el corpiño desabrochado y los vaqueros puestos a toda prisa sobre la piel desnuda.

Maya se permitió esbozar una primera sonrisa torcida.

—Trent es...

—Maya, ¿sabes quién es Trent en realidad?

—No, eh, mamá, ¡no empieces!

—Es el hijo de Deborah Grave, esa a la que tú llamas bruja, la que colabora de vez en cuando en las investigaciones del departamento. Y Trent es... esto, es un chico excelente.

Maya tensó los labios y compuso una nueva sonrisa forzada. ¿Por qué Perro Guardián Megan había renunciado a atacar? ¿Podía fiarse de ella?

—Esto, Maya...

—¿Sí?

—Estoy contenta de que ese chico estuviera aquí y te haya ayudado a sacarte el miedo de encima.

Acurrucadas en el sofá, las dos mujeres se dieron un insólito abrazo y sonrieron.